

LA VOZ DE LA CARIDAD.

NUM. 117.—15 de Enero de 1875.

*Dios es caridad. (San Juan,
Epíst. I, 4, 8.)*

EN NOMBRE DE LOS POBRES, A.....

Doña J. P. Se recibió el paquete con los trapos, la ropa blanca y de color, que está en muy buen uso; ha sido muy agradecida é inmediatamente aplicada.

Doña M. R. y M. Muy bendita ha sido la limosna de los 10 rs., primicia que usted ofrece de la primera recompensa de su trabajo. Dios le haga fecundo en bienes para usted, que de seguro ha de partírselos con los pobres.

Doña V. M. de P. Se recibió el traje completo, que lejos de ser tan malo como usted dice, ha parecido muy bueno al pobre á quien se le ha dado. Es condicion de las personas catitativas, disminuir el valor de sus dones.

Doña C. A. de F. C. No puede usted figurarse lo agradecida que fue la limosna de los conejos. No ha sido un socorro el que se ha dado con ellos, sino una *alegría*; y es obra bien santa llevar la alegría á esas mansiones donde habitualmente no entra mas que el dolor. A los pobres no se les deben dar mas que artículos de primera necesidad, cierto; pero cuando se les puede proporcionar alguna cosa, que además de útil es agradable y rompe la triste monotonía de lo absolutamente necesario, y cuando esto puede hacerse sin perjuicio, sin desembolso, y aplicando á ellos el producto de una abundante caza, en vez de hacer un regalo á quien tiene medios de proporcionársela en el mercado, es una obra bien buena. Escriba usted á Valentin que la caza llegó fresquísima, y que el dia de Reyes tuvieron con ella alegres banquetes muchos pobres, que suelen sentarse muy tristemente á la mesa, ó no sentarse porque está vacía. Que diga á los cazadores de las *Beatas*, que si al tino para tirar añaden la

caridad para distribuir los productos de su destreza, los proclamaremos cazadores-modelo; y que si acaso hallaren algún severo censor que les afee el hecho de matar pobres animales, si no inofensivos indefensos, tal vez desarmen la acritud de sus cargos diciendo: *Partimos con los pobres.*

Sres. Redactores de LA VOZ DE LA CARIDAD.

Muy señores míos: está acabando el año, y prescindiendo de la solemnidad y aun de la tristeza que lleva consigo todo lo que acaba, son días estos en que todos ajustan cuentas, hacen balance de su activo y su pasivo, y al paso que unos celebran, otros lamentan el resultado de estas aritméticas operaciones.

Mis cuentas son muy fáciles de ajustar, porque por lo mismo que soy enemigo de ellas, no tengo ninguna pendiente: pero hay una cuyo ajuste, ó es superior á mis fuerzas ó no me deja satisfecho; y como quiero quedar completamente tranquilo, acudo á ustedes en demanda de auxilio.

Al llegar á este punto dirán ustedes, y con razón, que me equivozo de medio á medio al implorar sus luces, porque ustedes no son banqueros ni maestros de contabilidad. Tengan ustedes paciencia, y verán que no voy descaminado.

La caja que yo quiero conocer con toda exactitud, no es de hierro, ni se cierra y se abre con ingenioso artificio, ni contiene billetes del Banco, títulos de la Deuda, barras y monedas de oro. No sé de qué materia se compone, y aunque la llevo conmigo á todas partes desde que tengo uso de razón, cada día es mas desconocida para mí, porque no penetra bien mi vista en su oscuro seno, y á pesar de mi horror á la aritmética, haría con mas facilidad, y sobre todo con mas exactitud, el arqueo de la caja de Rostchild que el de la mia. Mi caja es mi conciencia.

—¡Qué hombre tan original! dirán ustedes despues de haber leído este párrafo. Justamente, la conciencia tiene hecho su arqueo á toda hora y con toda exactitud; ella nos habla, ella nos grita, ella tiene la fotografía exacta de todas nuestras acciones buenas y malas, acompañadas de las causas secretas y no siempre dignas que nos han puesto en movimiento, sin que por nuestra parte necesitemos mas fatiga que abrir los ojos para ver cuanto pasa en ella, y quizá encontremos mas de lo que quisiéramos ver. ¡Qué memoria tan fiel, y á veces tan desagradable, la de la conciencia! ¡Qué exactitud tan prolija y minuciosa en todos sus registros, por antiguos y pequeños que sean los hechos registrados!

Esto dirán ustedes; esto repite todo el mundo, y yo, que no tengo la arrogancia de ir contra la opinion universal, me atrevo, sin embargo, á someter á su buen criterio algunas consideraciones que, á mi juicio, no carecen de importancia.

¿Quién hace el exámen de mi caja, de mi conciencia? ¿Quién ha de ver todo lo que en ella está registrado? ¿Es algun extraño, es algun liquidador imparcial y severo, que ha de examinar con frialdad y detenimiento hasta su último secreto, y ha de dar cuenta exacta de cuanto encuentre en ella? No. Esta caja solo puede ser visitada y examinada por mí. Solo mis ojos pueden verla y registrarla.

¿Y verán bien mis ojos anublados por la pasion, por el interés, y cuando menos por el amor propio? Muy de temer es que vean menos negras de lo que son en realidad las malas acciones, y mas virtuosas y aun heróicas las buenas. Y aquí, al tratar de mi conciencia, repetiré una frase muy comun: «apelo á la conciencia de todos.» ¿No temen todos lo que yo temo?

Está el abogado tan cerca del fiscal, están de tal suerte unidos y aun fundidos, que vienen á ser uno mismo; y por tanto es muy de temer que los cargos no se presenten con toda su gravedad, al paso que la esculpacion parezca completa y victoriosa.

Y si al mismo tiempo se recuerda que no hay un hombre esencialmente bueno ni esencialmente malo, ¿no puede temerse tambien que no sean buenas en toda su esencia las acciones que por buenas son tenidas?

Este es el temor que á mí me turba la vista, y me impide ver con claridad el fondo de mi conciencia.

Y para que se comprenda mejor el fundamento de mis dudas, voy á presentar un caso práctico.

Erase un hombre de buenos sentimientos, que no desperdiciaba la ocasion de hacer bien si buenamente se le presentaba, pero que jamás la buscaba, porque absorbida toda su atencion por el trabajo y el cuidado que exigen una mujer y unos hijos á quienes quería con todo su corazon, no pensaba en los pobres ni en los desvalidos. De repente, y apenas repuesto de un golpe terrible, recibe otro, el mas cruel que puede sufrir un padre; queda sumido largo tiempo en el mas profundo dolor, y solo parece vivo porque llora.

Una casualidad, á la que no es estraña esa Redaccion, le lleva como por la mano al vasto y accidentado campo de la caridad; recobra su antigua energía, despiértase en su corazon el ardiente y generoso anhelo de ser útil á sus semejantes, corre en busca de los afligidos, y no tarda en conocer que, aliviando el dolor ajeno, se alivia el suyo. ¡Qué sensaciones tan nuevas, tan sublimes y tan con-

soladoras lleva á su despedazado corazon el ejercicio de la caridad!

Cuando le aprieta contra su seno el desvalido á quien ha salvado de la miseria, y tal vez de la desesperacion; cuando tiene que retirar su mano para que no la cubra de besos el pobre agradecido; cuando se cuelgan de su cuello los niños que le bendicen; cuando contempla la dicha que ha llevado al hogar del anciano abandonado, ó de la viuda rodeada de hijos desnudos y hambrientos, corren las lágrimas de alegría por los surcos que formaron las lágrimas del dolor.

Solo la caridad puede hacer este milagro; que llora de alegría quien tiene traspasado el corazon por la pena.

Pero cuando lejos ya del pobre socorrido, en el silencio de la noche, á solas con su conciencia, recuerda las bendiciones que sobre él han llovido y cuán ensalzada ha sido su caridad, se considera indigno de las gracias que ha recibido, asoma el color de la vergüenza al rostro por donde han corrido las lágrimas consoladoras, y se pregunta lleno de angustia: «¿Soy caritativo ó soy egoista?»

La Redaccion de LA VOZ DE LA CARIDAD, que la predica con tanta elocuencia y la practica con tanto ardor, resolverá esta duda: pero como es de temer que *por caridad* adjudiquen el honroso dictado de caritativo á quien en realidad es egoista, ténganse en cuenta las siguientes observaciones.

No hay caridad propiamente dicha donde hay interés. La caridad ha de ser completamente desinteresada. Ha de ser además costosa. Quien recibe mas beneficio del que dispensa, no ejerce la caridad: podrá hacer obras buenas, llamadas de caridad, pero no es caritativo. ¿Se ejercitaría en ellas si no obtuviese en cambio una recompensa tan crecida? ¿Cuál es la verdadera causa que le impulsa á socorrer al pobre y consolar al afligido? ¿El bien que hace ó el que recibe?

Sea cual fuere el fallo de la Redaccion, que espero seguro de que ha de ser acertado, hay un punto en el cual desde ahora estaremos conformes.

Si el ejercicio de la caridad proporciona tan puras y vivas satisfacciones; si son tan altos los réditos que ganan las buenas obras; si son en este mundo tantos los tristes y los afligidos para quienes no pueda haber otro placer que el placer de hacer bien, ¿por qué no acuden todos á socorrer al afligido?

¿Consiste en que no son caritativos? No importa. Tampoco yo lo soy.

¿Sois desgraciados y sois egoistas? Pues ¡corred al triste hogar

del pobre, al lecho del enfermo, á la cuna del huérfano. Vereis qué consolados y alegres volveis á vuestra casa.

Creedlo. Os lo dice por esperiencia propia

Un Egoista.

Hemos recibido el anterior artículo-consulta cuando estaba ya compuesto el último número de LA VOZ DE LA CARIDAD, razon por la que no se insertó en él, con sentimiento nuestro por retardar á nuestros lectores el gusto que tendrán al leerlo, si, como suponemos, el suyo está en armonía con el nuestro.

Lo que no retardaremos ni un punto, és la contestacion al comunicante, dándosela, no como *fallo* segun su modestia pide, sino como *parecer*, segun la razon ordena: quien de tan claro entendimiento, recto juicio y sana conciencia da pruebas, mas puede enseñarnos que aprender de nosotros; y al decirle nuestra opinion, lo haremos con franqueza, no con jactancia, que parece mal siempre, y mas tratando con tal persona y de asunto tan dificil.

Para mayor claridad en la respuesta, reduciremos la pregunta á tres puntos.

1.º ¿Somos jueces imparciales de nuestras propias acciones?

2.º ¿Merece el nombre de *caridad* el *bien* que se hace teniendo *gusto* en hacerlo?

3.º Puesto que de hacer bien resulta una *satisfaccion*, ¿cómo los que no tienen otra no la buscan por *egoismo*?

Por lo que la razon dicta y la esperiencia demuestra, somos malos jueces de nuestras propias acciones, y nos parece cierto lo que dice el *Egoista* de la parcialidad con que las juzgamos. El error tiene profundas raices y causas varias.

La falta de independendia del juez con respecto á la cosa juzgada. La accion que vamos á calificar, es todo ó parte de nuestro modo de sér; son nuestras ideas, nuestras pasiones, nuestros sentimientos; y la propension que nos condujo á tal ó cual hecho, nos determina á tenerle por bueno, ó á disculparle si con evidencia es malo. Era necesario que nos saliéramos de nosotros mismos, que fuéramos *otro*, para que el juzgador tuviera aquella independendia sin la cual es sospechoso todo fallo.

Despues de la falta de independendia en el juez, viene el temor á las consecuencias del juicio. La condenacion de una falta, envuelve la obligacion de enmendarla; y no teniendo voluntad firme de corregir nuestras acciones, nos esforzamos en legitimarlas con razonamientos cuyo objeto no es buscar la verdad y realizar la justicia,

sino continuar tranquilamente por la via cómoda y por nosotros muy trillada.

La pasion, mientras dura, imposibilita el recto juicio si á él no logramos subordinarla; y el amor y el odio, el interés y la soberbia dan sus veredictos, como jueces ébrios ó delirantes.

La ignorancia y el error tambien absuelven acciones dignas de ser condenadas; el juez en este caso, ó está ciego ó vé visiones, cuando para el recto fallo se necesitaba ver muy distintamente los objetos.

La conciencia del hombre no es, por desgracia, incorruptible; sobórnanla ó narcotizanla las causas que dejamos apuntadas y otras muchas; de modo que nos absuelve cuando debiera condenarnos, y se da por satisfecha cuando debiera estar quejosa. La mayor parte del mal que se hace en el mundo, se hace *con tranquilidad de conciencia*, y por lo poco frecuente de la enmienda, puede calcularse lo raro del remordimiento. *Apelo á su conciencia de usted*, se oye decir muchas veces, y si no se sabe que es recta, nos parece imprudente remitirse á ella, porque siendo tan frecuentes las malas acciones, deben ser raras las buenas conciencias.

El sentido comun dice: *nadie es buen juez en causa propia*, regla (con escepciones) que aplica tan solo á los casos en que ostensiblemente hay *dos partes*, como cuando nos han ó hemos ofendido; cuando nos han ó hemos faltado; cuando nos privan ó privamos de lo que nos pertenece ó pertenece á alguno; y en fin, cuando de cualquier modo faltan á la justicia con respecto á nosotros ó faltamos con respecto á alguno. Esto lo vemos, y con mas ó menos sinceridad lo confesamos todos; pero lo que acaso no nos aparece tan claro, es que al apreciar nuestras acciones *juzgamos siempre en causa propia*, y que cuando no son tales como debieron ser, hay siempre *alguno* perjudicado; falta propia, perjuicio ageno, que porque no se vea inmediato, no es menos indefectible.

Las cuentas que de nuestras acciones nos damos á nosotros mismos, y al pie de las cuales ponemos nuestro *visto bueno*, suelen ser, pues, muy *galanas*, y mas parecidas á las del *Gran Capitan* que á las de persona que de exacta y formal se precia.

Pero hay una cosa peor que dar malas cuentas, y es no presentar ninguna. Todos tenemos como *El Egoista* nuestra caja, la conciencia, pero muy pocos, poquísimos, hacemos á fin de año, como él, ese examen, ese arqueo, ese balance de las acciones malas y buenas. Los hombres viven fuera de sí, como si temieran entrar dentro; no escudriñan en lo íntimo del alma sus faltas; por graves que sean, no suelen pesarles; y con tal que contribuyan á satisfacer sus intereses y sus pasiones, las toman facilmente por méritos.

Convenimos con *El Egoista*, en que no es accion caritativa la hecha á impulsos de mira interesada; pero ¿qué tiene que ver el interés sórdido con la santa complacencia del que hace bien? Ya que de un ejemplo se sirve el escrupuloso consultante para argüirnos, le replicaremos con el mismo, puesto que conocemos bien el caso que nos cita. *Ese hombre sumido largo tiempo en el mas profundo dolor, y que solo parece vivo porque llora*, cuando conmovido ante el espectáculo de la desgracia agena quiso aliviarla, ¿se dolió de ella, ó pensó unicamente en consolar la propia? ¿Buscó el consuelo del pobre, ó el suyo? ¿Su consuelo! ¿Por ventura le buscaba ni le comprendia siquiera? ¿No arrastraba la vida como su cadena el forzado, sin imaginar que pudiera haber en ella ninguna satisfaccion, y sin soñar en procurársela?

No es verdadero dolor,
Dolor que pide consuelo.

Si él le hubiera buscado, habria sido en aquella órbita donde giraba: la política, la ciencia, la riqueza, le brindaban con sus dones: inteligencia clara tenia, y elevada posicion para embotar su pena en las grandezas del mundo. ¿Qué le importaban á él? Ni el poder, ni la riqueza, ni la gloria podia destilar sobre su herida ni una sola gota de bálsamo consolador. Pregúntele usted, si la primera vez que salió de aquel tenebroso abismo de su desventura fué por un movimiento *egoista*. Pregúntele usted si se dijo: voy á que *me consuelen* estos pobres ó *voy á consolarlos*. Él recordará aquel momento decisivo en la historia de su hermosa alma, y le dirá á usted que la *satisfaccion* de hacer bien resulta de la buena obra, pero no es el móvil de ella; que es recompensa bendita, no cálculo interesado; porque es de imposibilidad *absoluta* que el *egoismo* pueda ser causa determinante de la *abnegacion*.

¿Qué es egoismo? Referirlo todo á sí; ser indiferente al dolor y á la alegría agena, y no pensar ni sentir sino en el bien y el mal propio. El egoista que no se aflige de la pena de otro, ¿cómo se ha de alegrar de consolarla? ¿No ve usted que son ideas correlativas, y que es imposible que busquemos consuelo para aquellos cuyo dolor nos es indiferente? *Con-pasion*, es padecer *con* el que padece, y ¿quién socorre sin compadecer? Los que socorren por ostentacion ó por hipocresía, ni merecen ni reciben esos santos consuelos de que hablamos. ¿Puede socorrerse solo *por razon*? No nos atrevemos á negarlo en absoluto; no hemos conocido á nadie que socorra sin compadecer: comprendemos que es posible y aun meritorio, pero lo que negamos resueltamente és, que el que solo por razon consuela, derra-

me dulces lágrimas al consolar. Estas no pueden salir mas que del corazon que siente, del corazon que ama, del corazon que compadece, del corazon, en fin, que no es *egoista*.

Y la prueba es, que habiendo en el mundo tantos egoistas desgraciados, ninguno busca consuelo consolando. ¿Cómo podrian hallarle? ¿Cómo habrian de tener satisfaccion en aliviar males que no les importan? Ninguna demostracion matemática es para nosotros mas evidente que esta. El *egoista* que no *siente* los dolores ajenos, no puede *gozar* en consolarlos; el que en consolarlos goza, es porque tiene aquel *sentimiento*, y no es *egoista*.

El por qué un hombre esencialmente bueno no se ocupa de los desgraciados hasta que sufre, es cuestion que, tras de no entrar en la *consulta*, no se puede tratar incidentalmente y de paso.

Mucho sentiríamos no haber podido desvanecer los escrúpulos de egoismo del modesto consultante: para nosotros son tan poco fundados, que *compasivo* y no *egoista* le llamará siempre

La Redaccion.

CUADROS DE LA GUERRA.

V.

Cuando la gente dice que este ó aquel hombre *cae* soldado, dice bien: el entrar sin voluntad en el servicio militar, y en tiempo de guerra, es una terrible *caida*, de que muchas veces no se levanta el que la dá.

Cuando ahora leemos ú oímos la relacion de las carnicerías del circo romano, de la tortura empleada por los tribunales de justicia para saber la verdad, y otras cosas análogas, nos preguntamos: ¿Cómo sería aquella sociedad en que semejantes atrocidades se hacian con beneplácito de todos? Y nos parece que esta en que vivimos no tiene que echarse en cara nada parecido. Un dia vendrá en que, al saber la suerte del soldado enfermo, en España, se hará igual pregunta, y con mayor asombro, pensando que és un pais cristiano, civilizado, y con una porcion de derechos escritos, donde se ven hechos como este.

En un hospital de sangre en cuyo techo ondea una bandera blanca con cruz roja, entra un herido: bastante grave parece estar, pero es joven, de buena constitucion, y la herida, en la cabeza, va mejorándose hasta el punto de que ya no ofrece cuidado.

Un dia Francisco, que así se llama, siente malestar, dolor de ca-

beza, calor, y en la cara se le ven unos granitos; los asistentes, experimentados ya, pronuncian una palabra terrible: dicen ¡viruelas!

¿Por qué esta palabra es para el paciente tan aterradora? Porque la enfermedad que significa es cruel, y acaso mas aún porque es contagiosa; el enfermo no puede continuar allí, y es necesario trasladarle al *otro hospital*. Traslaciones análogas han hecho correr lágrimas por rostros bien atezados, y cubiertos de barba bien espesa. ¿Por qué? Porque el *otro hospital* es como suelen ser los hospitales, y un poco peor.

Se pregunta si hay en él cama desocupada; dicen que sí, y se traslada al virolento. Los enfermeros y practicantes están cenando; que espere el enfermo en el portal, aunque hace frio, muy dañoso para su padecimiento. Espera; al cabo de tiempo dicen que ha sido una equivocacion, que no hay cama: ¿qué hacer? Es ya bien entrada la noche; por temor del contagio no puede volverse al pobre doliente á las salas en que están sus camaradas. ¿Se ha de quedar en la calle? ¿Ha de tirarse al rio? Alguno dice con acritud dolorosa: *mas le valiera.....* Luego se vió que tenia razon quien esto decia.

En el desvan del hospital de sangre hay un cuarto donde están los colchones que no se usan. Se sacan al momento, se coloca una cama, y en ella al enfermo: manos caritativas le habian abrigado tanto, que en todas estas esperas, idas y venidas no se ha enfriado; su nueva habitacion es bien mala, está á teja vana, pero como no es en el *otro hospital*, ¡qué consuelo siente al verse en ella! *¡Si me dejaran aqui!* dice. Esclamacion que hace estremecer y pensar á alguno que la escucha. El pobre doliente tiene por una gran felicidad que le dejen en un camaranchon desabrigado; solo pide que no le saquen de allí: lo pide en vano; le sacarán.

.....

 La noche ha sido tempestuosa; el viento ha soplado fuerte; la lluvia ha caido á torrentes. Alguno que durmió poco ha pensado en los centinelas sin garita y en el enfermo con tan mal techo. ¿Se habrá mojado? No, le dicen por la mañana, *¡está tan contento!* ¡Contento! repite enjugando una lágrima el que habia preguntado por él.

El médico del establecimiento hace la visita, y concluida, se entabla este diálogo entre él y una persona que está en la casa.

—Sabe V. que no habia cama enfrente y ha vuelto Francisco?

—Sí, ya le he visitado.

—Ya que la casualidad ó la Providencia ha hecho que vuelva á casa, ¿no podríamos dejarle allá arriba? Aislado lo está mucho; cuidaremos de que su ropa no se junte con la de los otros. Despues que

el pobre ha consentido en quedarse ¡volverle á sacar! Con razon ó sin ella, él cree que aquí está la vida y en el otro hospital la muerte, y trasladarle de nuevo, es para él como conducir al patíbulo un reo á quien se ha dicho que estaba indultado.

—Cierto, y yo lo siento mucho, pero no me atrevo á dejarle. Hay mucha viruela; si se propagara en nuestro hospital y entre los heridos, figúrese V. qué responsabilidad para nosotros si fuera ó se creyera consecuencia de haber dejado aquí un virolento.

—Pero ya sabe V. lo que dicen de ese hospital; que es un horrible foco de infeccion la sala de virolentos; que no los cuidan ni vigilan. Uno ha aparecido muerto en el escusado; otro en su delirio se ha salido de la cama y de la casa, llegando hasta la fuente; otro se ha tirado por la ventana y se ha estrellado; todos se quejan de la mala asistencia: esa casa, con razon ó sin ella, inspira á los enfermos una especie de terror, que basta para agravar cualquier enfermedad. Ya que no pueda quedar aquí Francisco, le buscaremos una casa e el pueblo.

—No se encontrará.

—Sí señor, para el cabo N. se encontró, y padecía la misma enfermedad, y hubiera ido á ella á no ser por lo que V. sabe.

—Nosotros no podemos enviar ningun soldado enfermo á una casa particular.

—Pero esto es horrible; consultaré con el médico de Sanidad Militar.

—Consulte V.

No habia pasado mucho tiempo despues de terminado este diálogo, cuando entre una de las personas que le sostenian y un médico militar se entabló el siguiente.

—Comprendemos que el soldado, aun enfermo, está sujeto á las leyes militares, y para no faltar á ellas, me he tomado la libertad de dirigirme á V., á fin de saber si un enfermo que no puede estar en este hospital, tiene repugnancia grande á ir al otro y una casa en la poblacion donde le cuidarán bien, podrá ser llevado á ella.

—Imposible.

—¿Cómo?

—Los oficiales pueden curarse donde quieran; los soldados, á menos que su padecimiento les permita presentarse todos los dias á la consulta, tienen que ir al hospital, de grado ó por fuerza.

—¡Aunque el hospital esté muy mal montado, y tengan ellos una casa donde los cuiden bien! ¡Aunque esta casa sea la de un amigo, de un pariente ó la casa de su madre!

—Aunque sea así.

—Está bien; ya sé lo que deseaba saber para no faltar por ignorancia á las reglas establecidas por la Sanidad Militar.

—Puede trasladarse el enfermo, ya hay cama.

—Se trasladará. ¡Quién pudiese hacerle oficial hasta que se pusiera bueno!

.....

 Cuando pasó el cadáver de Francisco por delante de la habitacion donde se habian tenido los anteriores diálogos, uno de los interlocutores le miró llorando, y dijo: Bien hacen las madres en gemir cuando sus hijos *caen* soldados; mal hacemos en acusar á las generaciones que pasaron por su crueldad, cuando la nuestra hará estremecer á las futuras.

Concepcion Arenal.

LA CARIDAD EN LA GUERRA. (*)

Donativos recibidos por la Seccion Central de Señoras de la Cruz Roja.

Las Señoras de la Cruz Roja de Toledo han enviado:

Seis docenas de camisas.

Seis id. de calzoncillos.

Dos id. de sábanas.

Dos id. de elásticas.

La Sociedad inglesa de socorro á los heridos españoles, por medio de su delegado Mr. Barrington Kennett, ha dado al hospital que en Miranda de Ebro sostiene la Seccion Central:

Un billete de mil francos.

Treinta mantas.

Doscientas cajetillas de cigarros.

Remesas y donativos hechos.

Se han remitido al hospital de Miranda de Ebro:

Treinta mantas (además de las recibidas de la Sociedad inglesa).

(*) Por una equivocacion, al ajustar nuestro número anterior se insertó un suelto con el epígrafe de *La Caridad en la guerra*, que se habia escrito para encabezar la última lista de donativos, y por falta de espacio no pudo ponerse.

Un cajon de hilas y trapos.

Otro con camisas y calzoncillos.

A la Cruz Roja de Burgos, que pedia abrigo para los heridos de aquel hospital, se le han remitido:

Dos mil reales.

La ropa interior procedente del donativo de Toledo.

Estado de los heridos y enfermos asistidos en el hospital que en Miranda de Ebro sostiene la Seccion Central de Señoras de la Cruz Roja, desde 24 de mayo en que se abrió, hasta el 31 de diciembre de 1874.

Entrados.....	724
Trasladados á otros hospitales..	245
Curados.....	424
Muertos.....	21
Existencia actual.....	34
Estancias causadas.....	8.325

No habiendo sido posible hallar en Miranda de Ebro, donde tanta falta hacia un hospital grande, mas local que el que ocupa el de la Cruz Roja, y donde, á pesar de las obras hechas, solo en un grande apuro podrian colocarse 80 camas, siendo 65 las que generalmente hay dispuestas, cuando se llenan, hay *evacuacion*, es decir, que los convalecientes y crónicos que pueden salir sin inconveniente son trasladados á Valladolid, Burgos, Calahorra y Haro, á fin de dejar camas disponibles para los enfermos y heridos graves, ó cuya enfermedad exige pronto auxilios, ó puede agravarse con el movimiento, intemperie, etc. Esto explica las 245 traslaciones, y el no haber en el momento de formar el anterior estado, mas que 34 camas ocupadas. Ha habido época, cuando estaba en Miranda el cuartel general, que mas que hospital, parecia el de la Cruz Roja un parador de enfermos. Allí quedaban los mas graves, trasladándose los otros. Lo penosa que era la asistencia en estas condiciones, podrán comprenderlo los que de estas cosas tienen alguna experiencia, y mas tratándose de un hospital en que hay mucha limpieza, y no se pone nunca á un enfermo la ropa que ha usado otro, aunque este no ocupase la cama mas que 24 horas, como á veces ha sucedido.

Si se tiene en cuenta que, como hemos dicho, se evacuan los convalecientes ó menos graves (rara vez algun crónico incurable), la

cifra de 21 muertos para 724 entrados, es decir, menos del 3 por 100, es bien consoladora para todos los que contribuyen con su caridad, de cualquier modo que sea, á sostener aquel benéfico establecimiento, cuyo elogio hemos oido mas de una vez á los que en él han sido asistidos, en estas pocas palabras: *Esto no es hospital.*

A.

El mal estado de las comunicaciones, ha sido causa de que no lleguen antes á nuestras manos las relaciones que insertamos á continuación, remitidas por el caritativo presidente de la Cruz Roja de Tafalla, Sr. D. Babil Jimenez, que ha sido el que ha recogido y distribuido los donativos.

RELACION de los donativos hechos por los vecinos de la ciudad de Tafalla, en metálico y efectos, para los heridos en campaña en el año de 1874.

NOMBRES.	Pesetas. Cs.	EFECTOS.
D. Emilio Foradada.....		1 paquete con 6 macitos de hilas.
Doña Hilaria Lopez.....		1 paquete de hilas y otro de paños.
Señorita Bautisma Jimenez..		1 paquete de hilas, 12 vendas y un paquete de paños.
Doña Pataleona Artajo de Jimenez.		6 botellas de vino generoso.
D. Francisco Lopez.....		1 paquete de hilas, 12 vendas.
Doña Juana Dendaris.....		1 paquete de paños y otro de hilas.
D. Melchor Berruezo.....		1 canastillo de hilas, 1 sábana, 8 camisas, 5 nuevas y 3 usadas, 3 almillas, 1 calzoncillo usado, 6 pañuelos.
Doña Manuela Esquiroz.....		3 mazos de hilas, 6 vendajes grandes y pequeños.
D. José Urtazun.....		1 venda de 12 varas, y paños.
Antonio Perez.....	20	
Genaro Perez.....	10	
TOTAL	30	

RELACION de los donativos hechos por los vecinos y Ayuntamiento de la villa de Caparroso, en metálico y efectos, para los heridos en campaña en el año de 1874.

NOMBRES.	Pesetas. Cs.	EFECTOS.
El Ayuntamiento.....	50	
D. Joaquin Mena.....	5	Una venda de 8 varas, media libra de hilas y trapos.
D. José Ramirez.....	3	
D. Antonio Pueyo.....	2 50	Y un cajon para empaquetar.
Doña Teodora Remon de Pueyo.....		15 macitos de hilas, 8 vendajes, 1 camisa y trapos.
D. Manuel Adrian.....		Un paquetito de trapos.
D. Eustaquio Irujo.....	75	
D. Pedro París.....	1	4 vendas y un paquetito de trapos.
D. Andrés Pérez.....	50	
Doña María Jimenez y Martinez.....	1	
D. Angel Ardanaz.....		6 vendas, un paquete de hilas y otro de trapos.
La maestra de escuela y niñas.		8 libras de hilas.
Un hermano de un soldado de Alcolea.....		6 vendas, 1 camisa y trapos.
Una familia bienhechora.....	2	2 vendas, 2 camisas y trapos.
D. Santiago Navarro.....	1	1 camisa.
Doña Braulia Estella.....	2 50	Libra y media de hilas.
D. Manuel Goñi.....	1	3 vendas, 1 camisa y trapos.
D. Segundo Goñi.....	1	
D. Julio Goñi.....	1	
D. Francisco Zapatería.....		Un paquete de hilas y trapos.
D. Julio Menant.....		2 vendas y trapos.
D. Benito Maldonado.....		4 vendas y 1 camisa.
D. Manuel Arellano.....	2 50	2 vendas de 7 varas, libra y media de hilas y 1 sábana para trapos.
D. Carpio Recalde.....		1 sábana, 1 toalla, hilas y trapos.

D. Fermin Labarta.....		6 vendas y trapos.
Doña Donata Adrian.....		3 vendas.....
Doña Saturnina Arana.....	50	3 vendas y un paquetito de trapos.
D. Pedro Nadal.....		1 camisa.
D. Tiburcio Iribarren.....		Un paquetito de trapos.
D. José María Estarriaga....	1	Un paquetito de trapos.
Una bienhechora.....		6 vendas, trapos y 1 toalla.
Marceliano Jaurrieta, de 9 años.....	2 50	
D. José Rodriguez.....	1	1 sábana.
Nieta de D. Serapio Zapatería.		7 vendas.
Doña María Cruz Jimenez....		Libra y media de hilas, 6 vendas de 7 varas cada una y trapos.
Doña Tadea Ciga.....		6 vendas anchas de 7 varas de largo cada una, un paquete de trapos y otro de hilas.
Una viuda anciana.....		1 sábana y una toalla.
Doña Castora Recalde.....	1	
Doña Concepcion Recalde....	1	
Doña Gregoria Recalde.....	1	
La niña Jacoba Arraiz, que tiene su padre en el batallón de Alcolea.....	1	1 camisa, 1 toalla y trapos.
Doña Isidora Lapuerta,		9 vendas grandes, un vendaje de 17 varas, media libra de hilas y trapos.
D. Francisco Arellano Diez...	5	
D. Cirilo Jimenez.....	1 25	
D. Francisco Luqui.....		1 venda, hilas y trapos.
D. Genaro Beraza.....	2	
Doña Andresa Pascual.....	50	3 vendas, 1 paquete de trapos.
D. Santiago Guerrero.....		1 camisa.
Doña Antonia Cabero.....		7 vendas, 1 sábana, 1 toalla, y un paquete de hilas y trapos.
D. Vicente Arraiz.....		3 vendas.
D. Juan Aguirre.....		1 venda, hilas y trapos.
Doña Plácida Aguirre.....		7 vendas, 2 camisas, 1 toalla y trapos.

D. Matías Saenz.....	2 50	1 venda de 6 varas, trapos é hilas.
El niño Victor Echeverría, de 5 años, que tiene 2 tios en cazadores de Alcolea.....	1	1 camisa, 4 vendajes y un atadito con trapos.
D. Esteban Iriso.....		1 camisa.
Doña Teresa Arellano.....	10	5 vendas de á 7 varas, un vendaje de 17, 5 vendas de 4 varas, 4 vendajes y 2 mazos de hilas.
D. Antonio Goñi.....		2 libras de hilas y 1 sábana.
D. Andrés Guerrero.....	2	2 camisas.
D. Juan Yanguas.....	5	6 vendas grandes, 2 camisas, 1 sábana y 3 libras de hilas.
D. Pedro Yanguas.....	2	1 camisa y 1 paquete de trapos.
D. Crispin Lasterra.....		7 vendas, é hilas.
D. Zacarías Luqui.....	2	1 paquete de trapos.
D. Francisco Lapuerta.....	2 50	
Doña María Merino.....	2	2 vendas, 1 tela de sábana é hilas.
D. Cándido Recarte.....		1 paquete de trapos.
Doña Ignacia García.....		1 paquete de hilas.
D. José Maldonado.....		6 vendas y trapos.
D. Domingo Saro.....		3 vendas.
D. Modesto Zariquiey.....		3 camisas.
D. Juan Reniz Casaviella....	2 50	
D. Francisco Yanguas.....	15	
D. Rafael Arellano.....	10	
D. Félix Aiena.....	5	
D. Julian Adrian.....		1 sábana é hilas.
TOTAL.....	154	

Debemos advertir que Caparroso es un pueblo de mucha menos importancia que Tafalla, pero si tiene pocos recursos materiales, halla muchos en su caridad. Si no estamos mal informados, y creemos no estarlo, despues de la batalla de Montemuro, los compasivos vecinos de Caparroso se ofrecieron á albergar y cuidar 200 heridos, y aunque la oferta no fue admitida, no es menos meritoria y digna de ser bendecida como una hermosa accion, y de ser imitada como un buen ejemplo.